

II

La boda Castro-Cothnejo

Entre dos de las familias del aristocrático barrio se sucedieron inocentes intrigas para concertar una boda.

Él, Lucho (Luciano) Castro, es hijo de uno de los personajes más brillantes de la época, pues ha ganado grandes honores en los campos del robo y de la explotación legalizados: en incendios, lo cual llevó a su caja un chorro de miles de dólares (es verdad que se achicharraron varias personas, ¿pero eso qué importa?). También ha contrabandeado y como explotador de café ha ganado millones año tras año, mientras pagaba jornales miserables a sus peones. Pero, en cambio, doña Guzmán de Castro hizo erigir en la finca La Trinidad, de 300 manzanas, una capilla al Corazón de Jesús, que es una preciosidad del gótico. Es una iglesita llena de dorados y con unas lindas imágenes del Corazón de Jesús y del Corazón de María, que dijérase acaban de salir de un salón de belleza, y que en nada recuerdan a los perseguidos y pobres Jesús y María del Evangelio. Además, en el centro de los patios del beneficio de la misma finca, la piadosa señora mandó colocar un Cristo Rey de mármol en actitud de bendecir todo aquello con su diestra, en la cual no se ve el hueco que dejara el clavo que horadó su mano de revolucionario enemigo de los fariseos. A espaldas del Cristo Rey, está la oficina en donde se registra el café que se recibe; ha de saberse que a menudo se engaña en la medida a los que llegan a entregar su café, naturalmente a favor de la insospechable firma Saturnino Castro Suc. Además, la Casa proporciona a los peones casa, plátanos y leña una vez por semana; les paga de modo que tengan lo necesario para no morir de hambre, y en Nochebuena reparten entre los peones cortes de zarzas baratas, camisas y pantalones de partida y muñequitas de a peseta entre los niños de los trabajadores. Por todas estas

razones los peones creen que don Saturnino es un buen patrón y la familia entera tiene seguridad de que a la hora de la muerte la entrada en la gloria de Dios no se presentará como el hueco de la aguja del Evangelio, sino amplio como La Sabana.

La esposa de don Saturnino es una señora que juega y bebe. El *chauffer* de la casa cuenta que a doña Lolita solo el plebeyo ron le gusta. ¡Una aberración de persona distinguida! Eso sí, todo el mundo en el barrio finge ignorar los vicios de la honorable matrona. A veces, muy en la intimidad, comentan estas debilidades de doña Lolita, con más o menos malicia, según la inteligencia de los críticos.

Don Saturnino y doña Lolita son padres de dos hijos: un hombre y una mujer, ambos considerados como magníficos partidos, en lo tocante a matrimonio. Solo Lucho tiene tres autos, de los cuales el que menos vale es una cuñita monísima Packard, y lo de los tres autos es visto como una aureola por las niñas casaderas de buena familia y las niñas aspirantes a figurar entre la alta sociedad. Estuvo varios años en Europa estudiando para disfrutar de las rapiñas de su padre y volvió agotado, cínico, con veinticuatro años y la misma tendencia a las bebidas alcohólicas de su madre.

Ella, Cristinita Cothnejo, es también un magnífico partido. Su padre, el banquero Arnoldo Cothnejo Jiménez, maniobró en una ocasión con tal inteligencia, que hizo quebrar un banco que se llevó una gran cantidad de ahorros de pequeños burgueses económicos y él se ganó millones en la maniobra: contribuyó a la consumación de varios empréstitos que dejaron al país muy comprometido; tuvo que ver en cien negocios oscuros y hediondos, todo lo cual le valió en una ocasión la candidatura para la Presidencia de la República.

Cuando Lucho regresó de Europa de estudiar para parásito honorable de la sociedad, las familias Cothnejo Jiménez y Castro Guzmán movieron los hilos necesarios para concertar matrimonio entre Lucho y Cristinita, a lo cual se prestaron ambos jóvenes.

Cristinita Cothnejo recordaba a su abuela doña Anita Cothnejo de Fishy en lo del perfil de gallina y en lo boba que era. Pero su

herencia y la frescura de una juventud rodeada de lujo la nimbaban de prestancia.

Por fin, un día, los diarios de la capital anunciaron los esponsales Castro-Cothnejo y sacaron las fotografías de los futuros cónyuges.

Las amigas de Cristinita organizaron un té de bibelots. Una de las organizadoras era una de las señoritas más pobres del barrio y la organizadora oficial de todos los tés de lino, de rosas, de bibelots que se dedicaban a las doncellas que se iban a desposar. Parece que se cogía el dinero que sobraba de la contribución, y que la pequeña rapiña le ayudaba a confeccionarse alguna *toilette* o a comprarse un sombrerito o un par de guantes.

El té de bibelots resultó muy lucido y una dama entrada en años que tenía sus humos de literata, ofreció la fiesta a la novia. Al ver uno el montón de chucherías, se preguntaba qué iría a hacer la aristocrático señorita con tanto perrito, foca, pájaro, florero y muñequito de porcelana y de cristal.

¡Pobre sirvienta la que diariamente tendría que sacudir el polvo de aquellos cachivaches!

Las amigas más íntimas de Cristinita fueron nombradas damas de honor. Todas fueron elegidas entre las señoritas de primera de primera. (En las sociedades humanas pasa como en los barcos de lujo, que a veces no solamente hay de primera, sino que a menudo hay primera de primera). Estas señoritas de primera de primera, eran, en su mayor parte, hijas de verdaderos bandoleros que si no fueron a la cárcel o al presidio fue porque robaron de 10.000 pesos para arriba. Las elegidas damas de honor de Cristinita celebraron una reunión para ponerse de acuerdo en cuanto al traje que llevarían en la ceremonia: tela, color, figurín. Fue una reunión trascendental para esas criaturas.

¿Y los padrinos? Por suerte la familia de Cristinita no tuvo que recurrir a subterfugios como la de su prima María de los Ángeles Fishy que no contaba con herencia ni belleza. Por estas dos razones le habían sonado los veintiocho años sin marido. Cuando

ya había perdido las esperanzas matrimoniales, se le acercó un joven de condición humilde que a fuerza de arrastrarse y de ayudar a su amor a obtener enormes ganancias por medio de esas pillerías que los partidarios del individualismo llaman “negocios inteligentes” había logrado alcanzar una envidiable posición.

El padre de María de los Ángeles, decía en tono laudatorio, refiriéndose a la carrera de su yerno que comenzó tan humildemente a hacer dinero y que gracias a su falta de escrúpulos y a su facilidad para arrastrar la conciencia, iba camino de la grandeza: ¡Es un *self made man*!

El caso es que la familia de María de los Ángeles, para no tener que exhibir a los padres y hermanas del que iba a ser marido de ella, entre el mundo elegante que habría de asistir a la boda, decidió que ningún pariente sería padrino, que habría solo una pareja de padrinos: la amiga más íntima de la novia y el patrón del novio, un tal don Estanislao Fonseca, uno de los ladrones más sin escrúpulos que han asaltado el tesoro público del país en complicidad con el Ministro de Hacienda. Pero, ¿quién iba a reparar en ello? Con su plata había ayudado a subir a la presidencia a don Fulano y a don Zutano, y don Zutano lo estimaba mucho. Así se libraron de poner muchachas que no habían aprendido a hacer las monadas que hace la gente de alta sociedad para comer, procrear, abrigarse y dormir.

Cristinita y Lucho nombraron una interminable cola de padrinos, algunos de los cuales asistirían a la ceremonia por sí y en representación de un personaje que andaba por Europa o Estados Unidos.

El vestido de novia de Cristinita se pidió por vía aérea a Nueva York, a fin de que la desposada pudiera lucir en su noche de bodas uno de los últimos modelos creados por un modisto de renombre en el mundo elegante.

1923